

A PIE
DE CALLE



CATALINA
Gayà

Papel, botella y manzana

El reciclaje persigue al transeúnte que circula por la ciudad bajo tierra. Las universidades se anuncian con el imperativo «Recíclate», en versión subliminal, en los anuncios de los ferrocarriles. Ayer, en una de esas pantallas enormes que dan las noticias en el metro, se recomendaba reciclar, así en infinitivo, los enseres de los niños. En los subtítulos, se advertía que reciclar ayuda a ahorrar.

Desde el 3 de mayo –cuando este periódico publicó que los barceloneses no reciclan bien la basura orgánica, que la separación de residuos se mantiene al 45% y que, por quinto año consecutivo, se reduce el volumen de lo reciclado– anoto qué pasa en la calle en cuestión de reciclajes.

Primero, la rapidez con la que desaparecen los muebles que se tiran en la calle es casi de fórmula 1. El lunes, un colchón que llevaba la advertencia «chinches de cama» desaparecía en dos minutos.

«Reciclamos tus joyas»

► Ayer, buscando huellas del reciclaje urbano, rescataba la demanda de un lector de este periódico. Me pedía que me fijara en las papeleras. Me

decía que en la estación de Sants, en los andenes de los trenes hacia Sitges, en las papeleras hay una única bolsa. Me acercaba ayer a Sants y, antes de descender a los andenes, en el vestíbulo de la estación encontraba el siguiente anuncio: «Reciclamos tus joyas. Dinero en efectivo al instante». También se reciclaban móviles. El folleto que se repartía incluía una bolsita de plástico en la que depositar lo reciclado como colchón salvavacrisis.

Aunque hay papeleras que permiten reciclar, en las bolsas está todo mezclado

En los andenes reinaban el vacío y silencio. Quizá ese lector tuvo mala suerte porque las papeleras están en perfecto orden del reciclaje. Bolsa azul, papel. Otra bolsa para los envases y una bolsa para lo orgánico. A priori, todo separado.

Mientras inspeccionaba las papeleras medio vacías escuchaba a una mujer que comentaba en voz alta: «Otra chica que hurga en las papele-

ras». Yo buscaba a la chica, pero veía que la señora me miraba a mí. En realidad, yo no tocaba nada, pero lo de otra explica mucho de este 2013. Apuntaba que la separación de las bolsas es correctísima, pero que el contenido es un revoltijo de basura sin conciencia.

Cogía un tren y me dirigía a la estación del paseo de Gràcia. Ayer hacía frío, pero en el vagón ya se notaba el fresco del aire acondicionado. Ahí los jóvenes sentados en el andén no se inmutaban cuando yo miraba dentro de las papeleras. Seguían con la careta de la apatía propia de las estaciones.

Cenicero lleno

► La siguiente parada era la estación de França. En el viaje se ve que alguien ha instalado unos colchones y hasta ha colocado una butaca para ver el paso de los trenes. En la estación, corrección en cuanto al reciclaje. Eso sí, las papeleras, medio vacías y, de nuevo, la mezcla del todo. En una de las papeleras había un cenicero lleno de colillas.

En esta parada, había dos hombres que fotografiaban los trenes y había quien se entretenía con una exposición de fotografía. Una imagen era la de un estación vacía que se llama Verdad. En el pie de foto se leía que nadie toma ese camino. En la calle, las papeleras seguían el patrón del caos sin conciencia: papel, botella de plástico y manzana. =



cgaya@elperiodico.com